

## LA MEJOR NOTICIA

Rvdo. Padre José Juan Vergara Dávila, S.J.

Al terminar de leer un libro, Blas Pascal se sorprendía: “Creía encontrarme con un autor: y me encontré con un hombre”.

A leer “La mejor noticia”, yo sabía con quien me iba a encontrar: con José Juan Vergara Dávila, un hombre bueno, sencillo, fraterno; un sacerdote comprensivo, misericordioso; un discípulo de Cristo, a quien sirve con sencillez y con alegría e invita a sus hermanos a seguirlo como él.

José Juan ha escrito un hermoso libro; pero no es un autor; no es un teólogo, ni un filósofo, ni un moralista, ni un catequista; no es un profesor, ni un predicador. O, mejor dicho, es todo eso pero lo esconde, lo disimula. Lo que él muestra es un corazón amigo, un corazón fraterno, el de un hombre que ha encontrado la verdad y la felicidad, en el amor, y quiere compartirlos con nosotros, con sencillez, con cariño fraternal, con humildad también.

Pero José Juan es también un autor: ha escrito un libro, luego es un autor.

El autor tiene las cualidades del hombre. En este caso las de José Juan.

En primer lugar es ameno: “La mejor noticia” no se lee como un libro, se conversa como, según dicen algunos, “se conversa un café”. O “muchos” cafés, porque el libro, sin ser largo y sin hacerse largo, da mucho tema para conversar y para pensar antes de conversar. Cada capítulo, incluso, termina en una “pregunta para reflexionar”. A la reflexión seguirá, en muchos casos, la conversación que es una “reflexión compartida”.

La doctrina que el padre Vergara nos expone, en 54 capítulos, es la tradicional de la Iglesia Católica; pero “aggiornada” por el Concilio

Vaticano II y expuesta en forma sistemática en el Catecismo de la Iglesia Católica. El autor actúa, sin embargo, como un filtro, pero como un filtro de alta calidad: deja pasar la verdad, eterna, luminosa e iluminadora. Pero, al mismo tiempo, le da al filtrado una cierta fluidez, un cierto colorido, un cierto sabor: es su estilo. Y ese estilo propio es hecho de una comprensión, no solo intelectual sino afectiva, de la mentalidad, de la manera de ser de sus futuros lectores. Se ve que él los conoce, que ha conversado muchas veces con ellos, que ha estado en sus casas, que conoce a toda la familia, que sabe lo que piensan y lo que sienten; y lo pone en contacto con el contenido de la fe, con el Evangelio y con el Catecismo, pero con “su manera” propia: acogedora, comprensiva, proponedora, sugerente e iluminadora, más que afirmativa e impositora. Ese es su estilo.

Entre las imágenes que a José Juan le gusta utilizar está la de la navegación. Al fin del cabo, gran parte de la vida de Jesús y de sus apóstoles transcurrió al borde de un lago; varios de los discípulos eran pescadores, hombres que se mueven con los brazos y los remos más que con los pies, que viven en sus barcas; y Jesús también –aunque era carpintero y no pescador – pasó muchas horas en algunas de esas barcas de pesca y hasta, alguna vez, cansado de tanto caminar y remar y estar con la gente y hablarles y sanarlos, se quedó dormido en una de ellas, pese al temporal desatado. El autor nos propone en su libro una “carta de navegación” que nos ayudará a llegar al “puerto” que es el cielo.

También, músico como es él, nos sumerge a veces el autor en un ambiente musical. A José Juan le gusta la armonía y su libro tiene algo de una sonata, talvez de una sinfonía, de algo que es a veces más implícito que explícito, algo que hace vibrar cuerdas íntimas, sin que tengamos conciencia de lo que las hizo vibrar. Crea un clima, una atmósfera, en que

nos sentimos bien, en que se abren los poros del alma y la doctrina, el mensaje evangélico entra suavemente, como empapa el rocío la tierra seca. “La Mejor noticia” se comunica en alas de la música y de la poesía más que por el raciocinio frío. Habla a la inteligencia, pero a la inteligencia emocional más que a la lógica convincente.

A la música y a la poesía se agrega la pintura. En casi cada página encontramos una ilustración en colores, reproducción de algún cuadro célebre, muchas veces de Fra Angélico. A veces la ilustración dice más que el texto y lo dice mejor. El cuadro se mira antes de que el libro se lea. Y algo de la belleza del cuadro del artista pasa también al texto del autor que es también un artista.

El libro está dividido en siete partes.

La primera que lleva por título: “Asombro y pregunta” es una reflexión sobre los temas eternos que se plantea el hombre: el hombre, el mundo, la naturaleza, la vida; la inteligencia y el conocimiento; la voluntad y la acción, el bien y el mal, los valores y la felicidad.

En la segunda parte nos hace reflexionar sobre el mal, el pecado y analiza los pecados capitales como los grandes escollos que amenazan nuestra navegación.

En una tercera parte, Jesucristo viene, de parte de Dios, al encuentro del hombre y José Juan nos hace reflexionar sobre el “misterio pascual”.

En la cuarta parte, dedicada en gran parte a los mandamientos, nos habla de las virtudes cardinales y teologales, de la Biblia, y del misterio de Dios que es uno y es trino.

La quinta parte está dedicada a la gracia divina y a la oración del hombre, que le alcanza esa gracia divina y luego a los sacramentos por los cuales Dios nos comunica su gracia.

La sexta parte nos hace reflexionar sobre la Iglesia, sobre nuestra Iglesia Católica que es como la presencia continuada de Cristo en este mundo. Ahí nos habla también de María, madre de la Iglesia.

Y en la séptima y última parte nos habla de la vida eterna, la meta hacia la cual se dirige nuestra navegación, el puerto al cual esperamos llegar.

Un poema del autor, intitulado “Vamos a la otra orilla” y que lleva como subtítulo: Agua, música y amor, es como un resumen del libro y también como la firma de su autor. La elección de esas tres palabras, por si solas, nos permite entender el alma transparente, musical y llena de amor del autor. Y el gran mérito de este libro es que permite al autor transmitirnos el mensaje del Evangelio, iluminado y coloreado por los reflejos de su alma.

Talvez, al terminar esta exposición del libro de José Juan, debería rectificar lo que dije al comienzo. Al leer este libro, encontramos más que a un autor, a un hombre. Pero este hombre ha sabido ser autor, ha sabido comunicarnos a través de una obra, a través de un libro, la doctrina que nos viene de Dios pero expresada en el lenguaje de un hombre que conoce bien a Dios, que vive con Dios, que se ha impregnado del mensaje de Dios él mismo, antes de presertárnoslo a nosotros y que ha sabido transformarse de hombre en autor y, como tal, entregarnos un libro, cuya lectura y cuyo estudio nos ayudarán a conocer mejor a Dios, de quien habla en cada página, y a unirnos más a El en el amor.

+ Bernardino Piñera C.,  
Arzobispo Emérito de La Serena